

nible el que tenga que ser nacionalizada. La vivienda tiene que ser municipalizada, pero pronto. No como incautación de la vivienda por el Estado. Es que incautación no es nada. El Estado, el Gobierno que lo quiere, incauta ahora y puede darlo mañana otra vez a sus antiguos poseedores.

La formidable resistencia con que tropezamos

La municipalización de la vivienda no es sólo municipalización. Es transferir la propiedad al Municipio constante en los Registros de la Propiedad. La antigua vivienda abandonada por sus propietarios, o de burgueses condenados, transferida al Municipio, crea la nueva propiedad. Solamente una contrarrevolución puede arrebatar al Municipio lo que éste tiene como derecho. ¡Ah! y aquí hubo mucha resistencia. Acaso tenía razón el compañero López cuando dijo que en el seno del Gobierno, pocos avances se pudieron hacer en el sentido material de las cosas que tenían un valor. Acaso sea verdad que todas las demás conquistas que hay aquí son de un orden abstracto y teórico que no quitan una peseta de uno para dársela a otro. Son derechos que se reparten con buenas intenciones que no merman las cajas de nadie, ni del Estado ni del individuo. Puede llegar momento en que termine esta incautación del Estado, volviendo la propiedad a manos de sus antiguos poseedores, lo que no podrá suceder si la transferencia de la propiedad se inscribe en el Registro de Justicia, a nombre de los Municipios y en usufructo de los ciudadanos, elementos constitutivos de la municipalidad. Esta es la diferencia entre el concepto alto de la incautación y el concepto jurídico de la transferencia del derecho de la propiedad.

Como cumplimos nuestra responsabilidad en el Consejo Superior de Guerra

Hicimos algo más. Yo no sé si os canso, camaradas.

Hicimos algo más. A más de ministro de Justicia, compartí con el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, camarada Largo Caballero y los otros ministros que lo integraban, la responsabilidad del Consejo Superior de Guerra.

En el Consejo Superior de Guerra, de la marcha y funcionamiento de la guerra en general, teníamos todos nuestra responsabilidad o nuestra gloria, porque ahora hay ejército, que antes no lo había. Ahora hay un elemento capaz de contener, que era lo que importaba, pues cuando fuimos al Gobierno no conteníamos nada y corrimos siempre por todas partes. El elemento, pues, indispensable de la victoria era, ante todo, contener, para forjar después la máquina del ejército de la victoria y de la ofensiva. El primer elemento se constituyó: está forjado el Ejército. Obra es del ministro de la Guerra y de todos aquellos que lo hayan apoyado o querido apoyar, de los componentes del Consejo Superior de Guerra.

Por mi parte, he de explicar mi gestión. De mi lealtad con el ministro de la Guerra no soy yo quien tiene que hablar. En todo caso, es el ministro de la Guerra quien lo haga y enjuicie la obra de los que estuvimos al lado suyo, y quien diga si hubo o no lealtad.

Yo me encargué de la creación de las Escuelas Populares de Guerra. Me encargué de ello, porque la primera Escuela Popular de Guerra que existía en España, la de Cataluña, fué obra y creación mía. ¡Ah! Pero yo no tengo el propósito de decir que lo he hecho todo. El organizador no es nunca el hombre que lo realiza. El organizador es el que tiene una idea y el método y constancia suficiente de acertar en la elección de los hombres para llevarla a cabo. Hay quien tiene muchas ideas, pero es incapaz de realizar una; y lo que distingue al organizador del que no lo es, es que el organizador tiene muy pocas ideas, pero las lleva a cabo, y el que no es organizador, entiende de todo, habla de todo, lo critica todo y no hace ni es capaz de hacer nada. (Aplausos).

El rendimiento de las Escuelas de guerra

Hicimos la Escuela de Guerra de Cataluña y así me encargué de organizar las Escuelas de Guerra de España. Dos meses después teníamos cinco Escuelas Populares de Guerra que podían dar y dieron un rendimiento de tres mil oficiales cada dos meses. Indudablemente que se pueden crear más, pero he de decir que faltaban edificios, que faltaban profesores, que he pasado verdaderas tragedias, pidiendo militares capacitados y honrados para llevarlos de profesores, y no fué posible, porque las Escuelas de Guerra se instituyen para crear mandos militares, porque no teníamos, porque eran muy pocos los mandos leales. Y lo importante era poder trabajar con pocos para llenar los frentes. No vaciar los frentes para después, al cabo de tres meses, haberles dado nuevos oficiales.

Pero, así y todo, lo debemos hacer constar; en esta obra encontré todas las facilidades por parte del ministro de la Guerra, que incluso, por su confianza, podía nombrar y quitar profesores de la Escuela sometiéndolo a su consideración, y que no entraba nadie y salía nadie de las Escuelas sin mi aprobación. En esto, como digo, encontré la verdadera colaboración del ministro de la Guerra. Dado el carácter, el temperamento del ministro de la Guerra, con quien no me unía ningún lazo de amistad de ahora ni de antes, porque yo no le conocía antes, nunca le había tratado, lo mismo que a los compañeros de la U. G. T., a quienes empiezo hoy a conocer porque nos habíamos combatido, ellos en el Parlamento y nosotros desde la calle, pero yo personalmente no conocía a los dirigentes de la U. G. T. y por esto no me unía ningún lazo personal con el camarada Francisco Largo Caballero, quiero suponer que el grado de confianza que en mí había depositado en materia de Escuelas de Guerra, era porque había visto que lo mismo que en el Ministerio de Justicia no hacía una labor en beneficio de mi organización, tampoco la hacía, como no lo hice, en materia de Escuelas de Guerra.

Ahora bien; pensad vosotros en la importancia de estas Es-

cuelas de Guerra. La importancia revolucionaria y popular, porque antes de la Revolución y en los países capitalistas, existían Academias Militares a las que podían concurrir todos los hijos de la nobleza, los hijos de la burguesía y los hijos del proletariado, que era la manera graciosa que tenía de conceder derechos a la sociedad burguesa; derechos que, según decía, eran para todos iguales. Pero ¿cómo realizar estos derechos? Para ingresar en una Academia Militar, se necesitaba pagar una matrícula, se necesitaba pagar el vestuario, los estudios, la manutención, dinero que solamente poseen para sus hijos los burgueses, los capitalistas y los nobles.

Yo creé unas Escuelas de Guerra y llamé al pueblo, a los campesinos, a los metalúrgicos, a los marinos, a quien quiera de la clase obrera que se creyera con derechos y conocimientos suficientes para integrar los cuadros de mando del Ejército popular español. Y les pedía solamente una cosa: el aval de las organizaciones y partidos del Frente Popular. Nada más que eso. Y lo elemental para sufrir un pequeño examen a que se les sometía, porque no creáis tampoco que se va a hacer de un analfabeto un oficial de artillería, quien para tirar necesita de unas tablas de matemáticas, y si no lo hace así, matará a sus compañeros en vez de matar a sus enemigos.

Los mandé a la Escuela sin pagar matrícula, sin pagar vestido, sin pagar estudios. Y encima les dimos 12-50 pesetas diarias para que, si eran casados, pudieran sostener a sus compañeras y a sus hijos. ¿Es o no una obra revolucionaria? La Revolución no es tener más o menos controles en las carreteras. La Revolución es darle a la clase obrera el derecho de lograr a cuanto aspira, por ejemplo, hacerlo oficial del Ejército Popular, médico, metalúrgico, carpintero y darle ese derecho, pero que al mismo tiempo, para ejercerlo, no se muera de hambre, porque si se tiene que morir de hambre no puede ser ni oficial, ni médico, ni carpintero, ni nada.

¡Así nuestra obra! De lo que hicimos, de lo que queda por hacer — en Justicia ha quedado mucho por hacer. — Quedaba la confección del nuevo Código. Quedaba el desarrollo de nuestro nuevo sistema penal, lo mismo en materia de campos de trabajo que en materia de ciudades penitenciarias.

Queda mucho por hacer todavía

Francamente, las obras que son iniciadas deben ser continuadas por quien tuvo la idea de crearlas. Otra cosa es exponerlas al fracaso. El desarrollo del sistema penal creado por nosotros, para que no sea un fracaso, para que sea una admiración del mundo, nos correspondía haberlo realizado a nosotros mismos.

Quedaba por crear y estaba en estudio la policía criminal y la unificación del Cuerpo de Prisiones. Después quedaba una infinidad de trabajo para hacer en justicia, porque si alguien ha creído que ya está hecho todo y que con cambiar ciertas palabras o poner unar cintas más o menos decorativas en ciertas cosas existentes ya está hecho, es un error inmenso, porque la justicia, la administración de justicia, que es plasmación en normas de Derecho de gentes, de los hombres, de los pueblos sometidos a una diaria oposición, será una función tan eterna, por lo menos, como la existencia de la Sociedad humana. Desaparecerán muchos de los Ministerios actualmente existentes, muchas de las funciones actualmente existentes en estos tiempos en Sociedades atrasadas como es la nuestra. El último órgano, el que se hundirá en todo caso con la propia civilización, será la administración de justicia, porque cada día habrá que establecer en forma clara, comprensiva, el derecho de los hombres y de los pueblos, en la continua evolución de los tiempos a que los hombres y los pueblos están sometidos.

Y así nos sorprende la crisis del Gobierno de la victoria.

¿Qué pasó? Yo he de decirlo, camaradas, que todavía trato de explicarme lo que pasó. En el tiempo que estuve en el Ministerio, como habéis visto, solamente tuve tiempo de trabajar. No sabía ni quería hacer política y me sorprendía mucho cuando se producían algunos incidentes, porque decía: ¿Qué pasa? Y cuando vino la crisis, dije: ¿Qué ha pasado? Lo que era el Gobierno de la victoria, no según nosotros, según lo que han provocado la crisis, dejó de existir. Y si decían que era el Gobierno de la victoria no era porque sí, no era, creo yo, porque quisieran lanzar una consigna más, porque España no es un país infantil, no es un país nuevo, y solamente a los países infantiles, a los partidos u organizaciones nuevas se les puede mandar, se les puede dirigir mediante consignas que hoy dicen una cosa y al día siguiente dicen otra.

España es un país serio, y si aquel era el Gobierno de la victoria, no lo era por capricho de consignas ni de nadie, sino porque contenía los elementos capaces de conseguir la victoria y resumía toda la potencialidad política y sindical de un país y resumía, sí, todo lo que hay de vivo y de fuerte en nuestro país a través de sus partidos y de sus organizaciones; y por eso era el Gobierno de la victoria, el que podía traérmola porque contenía los elementos indispensables de orden colectivo y de orden personal para conseguirla.

Yo no quiero hacer comentarios más allá. Sé que nuestro país, tan rico en sus elementos colectivos, es un país pobre en cuanto a elementos individuales. Sé que nuestros partidos y también acaso nuestras organizaciones, ricas en potencia colectiva, acaso no están debidamente representados por los hombres que los integran. Hay, eso sí, mucho infantilismo en los dirigentes de los partidos y acaso de las organizaciones. No han mejorado. Partidos nuevos sin experiencia, hombres nuevos sin experiencia, y lo que es peor, sin una honda cultura.

Así es posible que ahora nos encontremos en una situación de tipo político a la que nos puede haber llevado una imaginación infantil. Acaso los hombres, incapaces para el trabajo que tenían encomendado para realizar, hayan creído que las derrotas y los desastres que se les venían encima y de los cuales ellos eran par-

ticipes porque no habían sabido ordenar, era un caso de responsabilidad de los demás, de los que habíamos llevado una vida de benedictinos, trabajando noche y día. Lo cierto es que a estas horas no solamente me pregunto yo, qué ha pasado en España, sino que es muy posible que se lo pregunten incluso aquellos que determinaron esta situación que estamos viviendo.

Algo que sería una concesión al fascismo

Se ha dicho, se ha dejado correr, que la separación de ciertas representaciones en el Gobierno le quitaban un contenido rojo y negro que facilitaría la victoria de tipo internacional en el orden de la diplomacia. Digamos en seguida lo que esto significaría si hubiese sido uno de los elementos que ha determinado la crisis actual. Puesto que el fascismo lucha contra el Gobierno rojo de Valencia, quitarle el contenido rojo a este Gobierno de Valencia significa una victoria, un tanto del fascismo internacional. (Muy bien.) Pero ¿qué clase de victoria es la que podría traernos la exclusión de la C. N. T. y de la U. G. T. para mantener su posición? Será hora de que los que nunca hablamos de política internacional hablemos un poco. En la fábrica se aprenden muchas cosas, se aprende a ser ministro de Justicia y se aprende también a interpretar la política internacional. Veamos qué es lo que podía venir con la separación de la C. N. T. y de la U. G. T. del Gobierno. Lo más sencillo y lo más fácil. Por consiguiente, en esta época preñada de inconvenientes y dificultades, lo sencillo y lo fácil es este orden de problemas de tanto volumen, será lo más milagroso y lo más milagroso ha sido siempre la condición de incultura más formidable en los hombres que creyeron en los milagros.

Podíamos conseguir — veamos — que Francia e Inglaterra se determinasen a nuestro favor. A nuestro favor, ¿en qué sentido? Aun cuando lo quisieran hacer, qué es lo que podrían lograr estas dos naciones? En primer lugar, Francia e Inglaterra son dos naciones regidas por burgueses que no quieren la guerra, porque una guerra actual, bajo el signo del fascismo y antifascismo en Europa, sería la guerra social de los proletariados en contra del fascismo internacional. No pueden querer la guerra y lo único que pueden hacer es no salir por los fueros del derecho internacional ni del derecho de los pueblos, sino perpetrar, en lo que sea posible, lo hecho en Abisinia: sacrificar a aquello que consideran, como la situación de España, un grano que interrumpe y molesta las apacibles digestiones de la burguesía francesa e inglesa. Y en este orden, ¿qué pueden conseguir? ¿Que Franco abandone la guerra? ¿Que Italia y Alemania renuncien? Pero ¿quien es capaz, en las altas y bajas esferas, de pensar y creer en estas cosas?

La moral del fascismo le impide detener su marcha

El fascismo tiene una moral básica en la acción. El fascismo tiene un ritmo siempre ascendente, siempre avanzando. El día que el fascismo tenga — porque él no se detendrá nunca — que detenerse porque habrá encontrado una resistencia fuerte y ésta solamente puede ser el proletariado, el fascismo se desplomará estrepitosamente en Italia y en Alemania. Lo sabe Mussolini y lo sabe Hitler, y por eso las continuas transgresiones a los pactos internacionales, la continua vulneración de los convenios de la Sociedad de Naciones, el arrollamiento de Abisinia y la guerra en España. ¿Por qué ahora pensar que pueden conseguir, con la exclusión de la C. N. T. y de la U. G. T., que Italia, Alemania y Franco abandonen la partida? ¿Pero es que hay algo razonable y lógico que pueda abonarlo?

Por desgracia, el fascismo en España domina más de la mitad de nuestra tierra peninsular, porque domina también nuestras posesiones coloniales y nuestras islas del Atlántico y del Mediterráneo. La porción de tierra libre que conservamos en el orden internacional, la valoración política y la valoración económica de esta tierra, no vale lo que representan las islas y nuestras posesiones coloniales. Por consiguiente, Franco, Mussolini e Hitler no abandonarán su posición, ni que lo diga Inglaterra, ni que lo diga Francia. No vamos a creer, por esa política de café, que ahora por lo visto se ha introducido en España, que por capricho solamente haya que esperar que Hitler y Mussolini se vuelvan dos personas buenas, sensatas y razonables. (Aplausos.)

Si por la situación geográfica y política del fascismo no cabe esperar que abandone la partida, cabe esperar dos formas de poder conseguir la victoria. Una, la reconquista palmo a palmo de todo el territorio nacional, de las posesiones coloniales y de sus hijos. Otra solución sería lo que podrían hacer como máximo sacrificio, como máximo favor, Francia e Inglaterra en beneficio de la causa antifascista española. Esto es: que la unidad nacional existente hasta el 17 de Julio del año pasado fuese transformada mediante un nuevo «estatu quo», según el cual se impusiera la paz concediéndonos a nosotros esa pequeña porción de España que tenemos y reconociendo la otra media España a un Estado fascista. Y nosotros, que somos anarquistas, que hemos sido siempre internacionalistas, que no compartimos el concepto político del nacionalismo; nosotros, anarquistas, decimos que eso no puede ser. Acaso de todos los cálculos que actualmente se hagan éste sea el que prive en el pensamiento de la diplomacia internacional: partir España en dos.

Nosotros, anarquistas; nosotros, Confederación Nacional del Trabajo, que representamos a nuestros trabajadores de esta España liberada, pero que representamos también a los trabajadores de la otra media España, nosotros decimos que la C. N. T. no consentirá nunca que España sea partida en dos. (Aplausos.)

Es seguro que nadie tampoco lo va a querer. Sólo los burgueses que hayan quedado con vida aquí o estén fuera de España y que piensen volverse a ella, son capaces de quererlo. Porque el burgués no ha tenido nunca ni patria, ni dignidad nacional, ni dignidad de clase. (Aplausos.)

El burgués, el tipo burgués, será capaz de aceptarlo, porque su patria, si se la devuelven, es la fábrica donde podrá extorsionar a los obreros; es la casa donde podrá vivir rodeado de todos sus placeres. No tiene más patria ni más hogar que el suelo que pisa como propietario. Esos podrán en todo caso estar de acuerdo, pero nadie más. Creo que así pensáis y pensaréis los obreros de la